



PAZ Y BIEN

II Domingo durante el año

18-I- 2026



*“Yo lo he visto y doy
testimonio de que
Él es el Hijo de Dios”*

II Domingo durante el año

18-I- 2026

Textos:

Is.: 49,3-6.

I Cor.: 1,1-3.

Jn.: 1,29-34.

“Yo lo he visto y doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios” (Jn. 1,34)

Del bautismo de Jesús se habló en el evangelio del domingo pasado que es además el primero del tiempo ordinario: Jesús es el siervo preferido de Dios, profetiza Isaías en la primera lectura.

El Evangelio de hoy habla del Bautista como testigo que da testimonio del acontecimiento del bautismo de Jesús. La figura del Bautista está tan centrada en el testimonio que el evangelista Juan, para quien el “*testimonio*” es una noción central que ni siquiera menciona la acción bautismal. El testimonio de Juan alcanza su culmen cuando derrama su sangre.

Al Bautista, el último de los profetas se le permitió ver lo que los profetas no vieron. “*Los profetas – dice s. Agustín – habían predicho que vendría el Señor, que ellos desearon ver y no vieron; pero a Juan se le concedió lo que ellos habían buscado en vano. El vio al Señor; lo vio, lo señaló con el dedo y dijo: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Serm. 66,2).

Juan dice que vio y dio testimonio; vio lo que era invisible a los ojos, vio con los ojos de la fe que es la certeza de lo que no se ve (Hbr. 11,1).

También fue esta la experiencia de los primeros discípulos a los que Jesús invitó: “*Vengan y verán*” (Jn. 1,39), esta es la “*síntesis única del método cristiano*” (DA 244).

La experiencia que Juan hace de Jesús no solo es fundante de su fe y de su testimonio, sino que marca el itinerario de todo cristiano en la relación con el Señor. “*A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino*

por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 12).

“*Yo lo he visto*”, dice Juan y este ver a Jesús, este “*derramar los ojos en los ojos de Jesús*” (Diego de Jesús, “*El caso auténtico*”), es el fundamento de la oración cristiana. “*Mira que te mira*” dice s. Agustín, y s. Teresa afirma: “*Yo lo miro y Él me mira*”. Pero Teresa de Calcuta agrega el llamado al decir: “*Me mira y me llama*”.

La mirada de Jesús es una llamada a configurarnos con Él. “*La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor busca suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (Cfr. Is. 10,3)*” (DA 136).

En el Evangelio Juan dice: “*Yo lo he visto*” pero presupone que fue visto por Jesús.

Solo se es discípulo cuando aprendemos a conocer la mirada de Jesús; podríamos hacer un recorrido evangélico de la mirada del Señor, que siempre nos deja en libertad de seguirlo; recordemos el encuentro de Jesús con el joven rico al que *miró y amó* (cfr. Mc. 10,21), pero el hombre no lo siguió, “*porque poseía muchos bienes*” (Mc. 10,22).

El Bautista dio testimonio de que Él era el Hijo de Dios y se transformó en el modelo del testimonio de los cristianos y nos recuerda que todos estamos llamados también a ser precursores y testigos del que viene detrás de nosotros (cfr. Lc 11,1) (cfr. Von Balthasar). Estamos llamados a repetir las palabras de Juan: “*Yo lo he visto...*”, *en un tiempo en que la descristianización ha llegado a niveles inimaginables*” (J. Ratzinger, “*Ser cristiano en la era neopagana*”). Los testimonios son la primera condición para la evangelización.

El Concilio Vaticano II ha reiterado, sobre todo en el documento “*Ad Gente*” que “*no hay cristiano que esté excluido de la tarea de dar testimonio de Jesús, transmitiendo a los demás el llamado del Señor en la vida cotidiana*”.

En nuestro tiempo la Iglesia se ha enriquecido con muchos testigos, “*al término del segundo milenio – dijo Juan Pablo II – la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de los mártires,...* *En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi “militi ignoti” de la gran causa de Dios*” (TMA 37).

Hermanos, debemos comprender que un catolicismo *light* no sirve, y es expresión del “*espíritu de mundanidad espiritual, que ahoga el*

fervor; ...en el fondo ya no se pertenece al pueblo de Dios sino – de alguna manera – al mundo.” (Mons. Bergoglio). Esto nos neutraliza como discípulos misioneros.

Por el influjo de esta cultura neopagana en la que vivimos, podemos caer en una suerte de narcisismo espiritual que nos encierra en una especie de cómodo pietismo que nos hace olvidar la dimensión social de la fe, que es un bien para compartir, que no somos dueños de ella sino testigos que anuncian a Jesucristo.

Hermanos, debemos hacer un examen de la vivencia y calidad de nuestra vocación de testigos así preguntarnos: ¿Creemos verdaderamente lo que anunciamos? ¿Vivimos lo que creemos? ¿Predicamos verdaderamente lo que vivimos?

El testigo se hace responsable del Evangelio que proclama (cfr. E.N. 76).

Pidamos al buen Dios la gracia de la fidelidad a la mirada de Jesús para dar testimonio del Señor y que ante las dificultades podamos decir con el papa Pío XI: *“Demos gracias a Dios por hacernos vivir en un tiempo difícil, en el que ya no se permite a nadie ser mediocre”*.

Amén.

G. in D.